



EL ARZOBISPO DE SEVILLA

LA EUCARISTÍA DOMINICAL, CORAZÓN DE LA SEMANA Y CENTRO DE LA VIDA CRISTIANA

18, IX, 2016

Queridos hermanos y hermanas:

En los últimos años he escrito varias veces sobre el sentido cristiano del domingo y sobre la principalidad de la Eucaristía dominical. Vuelvo hoy sobre este segundo tema. Me lo sugiere la cercanía de la canonización de don Manuel González, el obispo de la Eucaristía y gloria de nuestra Archidiócesis. Es un hecho que el domingo se ha ido vaciando progresivamente de contenido religioso y son muchos los cristianos que no han descubierto la riqueza espiritual de la Eucaristía en el día del Señor. Por ello, quiero volver sobre la participación en la Misa dominical, que es obligatoria por ser un distintivo característico del cristiano y un camino privilegiado para alimentar la propia fe y para fortalecer el testimonio. Sin la Misa del domingo y de los días festivos nos faltaría algo esencial en nuestra vida cristiana.

Cuando el domingo pierde su significado fundamental de *Día del Señor* y se transforma en un día de pura evasión, queda el cristiano prisionero de un horizonte tan estrecho que no le deja ver el cielo, como escribiera el papa san Juan Pablo II. Por desgracia, son muchos los católicos que a pesar de vivir inmersos en un ambiente cultural de raíces cristianas, desconocen la riqueza espiritual que encierra el domingo y la celebración eucarística.

En el domingo debe ocupar un lugar preeminente la oración y, sobre todo, la Eucaristía. Todos hemos de procurar que nuestra participación en ella sea para nosotros el acontecimiento central de la semana. Es un deber irrenunciable, que hemos de vivir no sólo para cumplir un mandamiento de la Iglesia, sino como una necesidad, para que nuestra vida cristiana sea verdaderamente coherente y consciente. No olvidemos que la Eucaristía es el alimento que necesitamos más que nunca en las peculiares circunstancias en las que vivimos los cristianos hoy, en medio de una sociedad profundamente secularizada.

En la Eucaristía dominical, los cristianos nos reunimos como familia de Dios en torno a la mesa de la Palabra y del Pan de vida y nos alimentamos con el manjar del cielo para luchar contra el mal, vivir nuestros compromisos con entusiasmo y valentía y confesar al Señor delante de los hombres. Por otra parte, la celebración eucarística es el lugar privilegiado donde la comunión es anunciada y cultivada. Por ello, a través de la participación en la Santa Misa, el *día del Señor* se convierte también en el *día de la Iglesia*, que se construye y se edifica a través de la celebración de la Eucaristía. En ella comprendemos cada vez mejor nuestros orígenes, de dónde venimos y a dónde

vamos, y reconocemos nuestras verdaderas señas de identidad Así lo sentían los primeros cristianos, para quienes la participación en la celebración dominical constituía la expresión natural de su pertenencia a Cristo, de la comunión con su Cuerpo místico, en la gozosa espera de su segunda venida.

Es necesario reafirmar en la vida de nuestras comunidades parroquiales la centralidad del *Día del Señor* y de la Eucaristía dominical. Es preciso insistir también en la dignidad y sacralidad de las celebraciones, utilizando los ornamentos preceptuados por la Iglesia y favoreciendo la presencia de monaguillos bien formados, verdadero manantial de vocaciones. Es preciso además que la música, aún con acompañamiento de ritmos modernos, sea litúrgica y bella, con letras no banales sino ricas en contenido teológico y belleza literaria. Es necesario también pedir a los sacerdotes que celebren la Eucaristía en las parroquias diariamente y con una reverencia cada vez mayor, con gran respeto a las rúbricas y normas del Misal Romano, sin improvisaciones o creatividades fuera de lugar, especialmente cuando se trata de la plegaria eucarística, que es intocable.

Invito a los sacerdotes a no omitir el tiempo de preparación para la celebración de la Santa Misa y a cuidar también la acción de gracias, larga y sentida. Les pido que de tanto en tanto en la homilía instruyan a los fieles sobre el valor, la naturaleza de la Santa Misa y el significado de cada una de las ceremonias. Deben invitarles además a una participación activa y fructuosa, estimulándoles también a recibir con frecuencia al Señor en la comunión, alimento del caminante y viatico del peregrino, recibiendo además con frecuencia el sacramento del perdón y de la reconciliación, recordando incluso los casos en que constituye un requisito necesario para recibir la Eucaristía.

Les pido por fin que fomenten las diversas formas de piedad eucarística, las procesiones con el Señor en la custodia, sobre todo la procesión del Corpus, y la exposición y la adoración del Santísimo Sacramento, todo lo cual constituye un verdadero manantial de vida cristiana y de santidad.

En los comienzos del nuevo curso pastoral, termino deseando a todos, sacerdotes, diáconos, consagrados, seminaristas y laicos que sea un tiempo de gracia y de mucho provecho espiritual y frutos apostólicos abundantes.

Para todos, mi saludo fraterno y mi bendición.

+ Juan J. Asenjo
arz. de Sevilla

+ Juan José Asenjo Pelegrina
Arzobispo de Sevilla